

Política exterior y neutralidad, I

EMILIO MENENDEZ DEL VALLE

(Comisión Internacional del PSOE)

El proceso de transición del franquismo a la democracia, híbrido entre ruptura y reforma, tiene como uno de sus principales componentes la llamada política de consenso. Clara plasmación de la misma constituyen los pactos de la Moncloa. Sin que ello suponga la renuncia a los objetivos y postulados del socialismo, no cabe duda de que una política de consenso aplaza provisionalmente cierto tipo de enfrentamientos políticos entre la derecha y la izquierda. Deber de la izquierda —y esencialmente del PSOE— es la construcción de una sociedad socialista. Lógica de la derecha es preservar la sociedad capitalista. Por eso el consenso (independientemente de que no todo el camino recorrido desde junio de 1977 pueda calificarse de consensual) ha de tener necesariamente un límite. Límite coincidente en mi opinión con la consolidación de la democracia formal, que a su vez puede quizás situarse en un momento inmediatamente posterior al referendo de la Constitución (1).

1. Por supuesto, los socialistas asumimos plenamente las libertades democráticas formales (de ahí nuestra insistencia en favor de un Estatuto de las Libertades Públicas). Considero superfluo el uso reiterativo de la expresión «socialismo democrático» porque es una tautología. El socialismo —el verdadero socialismo y no el implantado en determinados lugares del globo— consiste en la profundización de la democracia. Obviamente, no hay socialismo sin democracia. Pero tampoco auténtica democracia sin socialismo. Es precisamente la «derecha civilizada» quien —asumiendo las libertades formales— pretende detener en ellas el progreso hacia la democracia real.

Es normal e inevitable que tras el consenso haya disenso o que se den parcelas u objetivos consensuales y otros disensuales. Lo que hay que lograr es que el disenso se manifieste pacíficamente. Y en la historia de España, al menos en la reciente, no ha sido la izquierda la que ha esgrimido el disenso con la fuerza de las armas. Nadie deberá pues rasgarse las vestiduras cuando, según vayamos avanzando en la vía democrática, los límites del consenso entre la derecha y la izquierda queden reducidos a sus justos términos y vayan perfilándose con mayor nitidez las formas de disenso. Disentir es normal e inevitable desde el momento en que se postulan diferentes concepciones ideológicas de organización social. No deseo teorizar aquí sobre el consenso pero sí insistir en que probablemente el límite del mismo habrá que hacerlo coincidir con el carácter pacífico y democrático (gana la mayoría respetando a la minoría) que toda iniciativa socio-política emprendida por unos u otros debe poseer. Quien pretenda traspasar ese límite (y el PSOE, marxista y no leninista, no lo pretende) debe meditar previamente sobre las graves consecuencias de la acción.

En las peculiares condiciones de esta primera etapa del postfranquismo es la llamada derecha civilizada quien detenta el gobierno en España. El gobierno y sólo *parte* del poder real, ya que hay aún otros sectores de poder en manos derechistas todavía «menos civilizadas». La derecha en el gobierno viene realizando cierta actividad gubernamental y parlamentaria. Pero es la izquierda quien lleva a cabo mayores y mejores iniciativas en y fuera del Parlamento, aún habiendo aceptado la política de consenso.

Tanto desde el punto de vista de la derecha como desde el de la izquierda, política interior y política internacional son inseparables. La derecha española quiere preservar la sociedad capitalista (o llegar a constituir una *moderna* sociedad capitalista) y la izquierda quiere transformarla en socialista. La derecha está en gran parte ligada al capitalismo internacional, preferentemente norteamericano y europeo, y sabe que la mejor manera de modernizar el capitalismo hispano es en estrecha conexión con quienes ya lo han modernizado. De ahí que las relaciones internacionales de la derecha española y la política exterior del actual gobierno busquen la integración en el bloque político-militar «occidental» construido para la defensa y garantía del capitalismo internacional, esto es, la OTAN.

Para el socialismo, la correlación resulta más difícil dado que

desea conseguir la sociedad socialista sin vincularse —por razones obvias— al bloque de los actualmente llamados países socialistas de Europa oriental. Por eso, el PSOE —que dice no a la OTAN— dice igualmente no al Pacto de Varsovia. Por eso el PSOE propone una política de *no vinculación* a bloque militar alguno.

Cuando, tras la muerte del dictador, la derecha comienza a ensayar la política de consenso con la izquierda⁽²⁾, se plantea extenderla al campo internacional. Carente el país durante muchos años de una verdadera política exterior, el gobierno Suárez no destaca tampoco en este aspecto. Sólo cuando determinados temas candentes de política internacional o virtualmente internacionalizados (Sahara, Acuerdo de Pesca con Marruecos, Canarias) alcanzan momentos álgidos parece notarse la existencia de un ministerio de Asuntos Exteriores, si bien más por los aspavientos y reacciones tremendistas que por la exposición y público debate de su programa político. Más por el ruido que por las nueces.

Política exterior e «interés nacional».

La derecha, en el gobierno o fuera de él, ha querido trasladar a lo exterior la política de consenso practicada hasta ahora, al parecer, para consolidar la democracia. Sin embargo, con la excepción de unos contados casos de muy definida naturaleza territorial y que afectan a la soberanía (Canarias, Gibraltar), el Partido Socialista no debe prestarse al juego —al sofisma— del «consenso necesario» en la política exterior y en las relaciones internacionales del Estado.

Todo Estado se halla integrado por partidos políticos y clases sociales diferentes e incluso antagónicos. Y la lucha de clases no es un concepto caprichoso, sino una lamentable realidad *no* inventada por la izquierda. Si internamente los intereses de las diversas clases sociales *no* coinciden en lo fundamental (ya que existen explotados y explotadores), resulta igualmente *acientífico* sostener la posibilidad de que los partidos o grupos que aspiran al poder político, social y estatal mantengan un perfecto acuerdo sobre la política exterior del Estado.

2. Naturalmente, tan sólo porque no tiene otro remedio a causa de la nueva correlación de fuerzas que resulta crecientemente desfavorablemente a la derecha. Con Franco, buena parte de la derecha no pactaba con la izquierda. Cuando menos, la encarcelaba.

Porque en numerosos temas el enfoque, sentido y fines de dicha política exterior dependerán del partido o partidos que ocupen el gobierno en un momento dado. La actuación exterior del Estado español sería obviamente contrapuesta (o lo habría sido en el caso del Sahara) en temas como el de la OTAN o la cooperación al desarrollo del Tercer Mundo, por ejemplo, en caso de que detentara el gobierno Alianza Popular o el PSOE. Normalmente, no sólo la política interior condiciona o determina (según los casos) la exterior (y viceversa) sino que, además, el tipo político-económico de sistema existente condicionará o determinará (también según los casos) la actuación exterior.

Naturalmente, si la izquierda «se porta bien» y juega al consenso *también* en política exterior, tanto mejor. La situación es ideal: ambiente óptimo para la «consolidación de la democracia» y mejor ambiente para la *consolidación de la derecha*, a quien le gustaría hacer discurrir plácidamente su paulatina pero decidida integración en el «mundo occidental y libre», esto es, en la OTAN. Quien perturbe la placidez de tal proceso (¿y quién si no la izquierda va a hacerlo?) atenta contra... el «interés nacional»(3). Se quiere evitar así —en vano— la «disidencia» en lo exterior. Cierta derecha se elige en intérprete auténtico y único de *lo nacional* y quisiera prohibir por decreto, como en los viejos tiempos, la interpretación de *lo nacional* por la izquierda. Desde las elecciones del 15 de junio, la táctica de esa derecha ha consistido en querer hacer aparecer a la izquierda y al «interés nacional» como *antagónicos*(4). Desde esa fecha y debido a la general preocupación por la buena marcha de la transición interna no ha habido muchos temas de política exterior a debate. aún así, dos de ellos sobresalen: el del Sahara y el de nuestro ingreso o no en la OTAN. Este último aflora a principios de 1978 y al análisis de las

3. El viejo truco para eliminar «pacíficamente» toda disidencia durante los famosos cuarenta años —en política nacional o internacional— consistía en tachar de «anti-española» a toda fuerza social o persona que pudiese o se atreviese a desafiar el «consenso» franquista. Parcialmente democratizado ahora el escenario político español ya no sirve la etiqueta «anti-español» aplicada a las actividades anti-régimen o anti-gubernamentales. A pesar de ello, y como veremos más adelante, persisten algunos recalcitrantes.

4. Independientemente de la relatividad del concepto «interés nacional» (interés ¿de quiénes? ¿de los explotadores o de los explotados? ¿existe alguna fórmula aceptable por ambos de la que pueda derivarse tal interés nacional?), ha sido a menudo históricamente la derecha la más *anti-nacional*. Y hoy en día continúa siendo gran parte de la derecha la más anti-nacional, aunque sólo fuera por su propia entrega y la de un buen sector de la economía *nacional* al capital «no nacional», al capital internacional.

actitudes de la derecha al respecto dedico unas cuantas páginas de este artículo. El del Sahara es sin embargo el primer pretexto utilizado por la derecha española para atacar a la izquierda —y en concreto al PSOE— por rechazar el «consenso» en este tema. Por no plegarse a la política de entrega del Sahara, el Partido Socialista resulta así ser «anti-español». Dejemos que hablen los protagonistas.

En un inefable editorial de significativo título(5), a propósito de las sesiones sobre la descolonización del Sahara habidas en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso, *ABC* dice: «No han tenido pudor nuestros partidos políticos, especialmente los marxistas, en lavar ante los ojos del mundo los trapos tristes más que sucios del remate de nuestra peripecia sahariana... en muchas de las preguntas formuladas primaron más razones ideológicas de naturaleza internacionalistas que el cuidado de preservar a todo trance los supremos intereses nacionales... En lo que corresponde al PSOE ¿quién puede no pensar que su interés en este problema es menos por el de la buena imagen de España que el de los intereses de una nación cuyo régimen es correligionario suyo?». Naturalmente, *ABC* se refiere a Argelia. Sin comentarios.

Ello no obsta, sin embargo, para que —también desde la derecha— se elogie al PSOE cuando éste lleva a cabo alguna acción internacional que agrada a esas derechas y no va «contra el interés nacional». Por ejemplo, la adoptada a finales de febrero de no acudir a la reunión de la Internacional Socialista de mayo en Dakar como protesta por la actitud de Senegal en la reunión de Trípoli sobre Canarias. En este sentido, es de verdadera antología el comentario de Luis Blanco Vila en *Ya*(6): «Porque queremos ser la voz de la conciencia nacional que está por encima de las ideologías temporales y oportunistas de los partidos (sic), creemos que cuando se trata de defender la continuidad de la Patria debe surgir espontánea y resueltamente la solidaridad de todas las fuerzas políticas...».

Para continuar diciendo: «No sólo en el asunto de Canarias hace falta que el PSOE adopte posturas nacionales». Con lo que el ilustre Blanco Vila quiere inducir al lector de *Ya* a pensar que —salvo en el asunto canario— el PSOE actúa de manera *anti-nacional*.

5. «Los marxistas y el Sahara», Madrid, 16-3-1978.

6. «Un buen paso del PSOE», Madrid, 1-3-1978.

La lección de ciencia política del señor Blanco Vila concluye así: «No es aceptable esta concepción «honorable» de la oposición si la oposición se convierte en oposición a los verdaderos intereses nacionales. Y en política exterior, casi todo lo que es oposición al gobierno perjudica a los intereses nacionales». (sic). Sin comentarios.

Pero ya con anterioridad se había insistido en tan preclaro periódico a propósito de las actitudes «anti-españolas» de los socialistas. Comentando un editorial de *El Socialista*, el diario de la Editorial Católica afirmaba a su vez: «Nuestros flamantes grupos de izquierda están demostrando una clara preferencia por sus afinidades ideológicas en un problema (el del Sahara) en el que están en juego los intereses nacionales»(7).

Vemos, pues, los esfuerzos que los diferentes representantes de la derecha hacen para meter a la izquierda en el cajón de sastre etiquetado con el «interés nacional». El sastre es la derecha y quiere aplicar ella sola las medidas. Permite un único traje y que la izquierda no intente coser... Por otro lado tan acosado se halla últimamente el Gran Sastre de la Política Exterior del Reino, don Marcelino Oreja, que otro representante de la alta costura le dedica todo un elogioso y personal artículo(8). Con el propósito de animar a Marcelino Oreja, Josep Melia se lamenta en los siguientes términos: «Y en un país en el que la política de partido prima por encima de la política de Estado, en el que no hay una posición unánime compacta de todas las fuerzas políticas ante la vida internacional, en donde los esquemas responden a afinidades ideológicas y no a intereses nacionales, resultaba imposible hacer las cosas mejor». (¿Nostalgia del *ancien regime*?).

También Licinio de la Fuente intenta una excursión por el tema en el diario *Levante*: «No sé si será posible que los partidos discutan y traten de elaborar uno de sus famosos «consensos» sobre las líneas maestras de esa política. Pero si hay una materia en que ese «consenso» es fundamental es en política exterior»(9).

Creo que en este asunto tiene el lector a su disposición suficientes muestras de cómo un sector de la derecha española quiere hacer tragar a la «mayoría silenciosa» (afortunadamente en España ni la «mayoría»

7. «Prejuicios sobre el Sahara», Madrid, 17-11-1977.

8. «Para Marcelino Oreja», *El Imparcial*, Madrid, 21-3-1978.

9. «Una política exterior nacional», Valencia, 24-3-1978.

lo es tanto ni la pretendida minoría guarda silencio) la burda identificación izquierda = anti-España / derecha = interés nacional(10). Derecha española que, por cierto, coincide en este aspecto con otras derechas foráneas. Así, por ejemplo, durante la última campaña pre-electoral en el vecino país, el Presidente francés quiso etiquetar a la izquierda de similar manera: «En vísperas de la campaña oficial para las elecciones legislativas de marzo próximo, Giscard d'Estaing advirtió a los franceses sobre el peligro que correría «el alto nivel conseguido por nuestras relaciones internacionales» si gana la oposición de izquierda»(11). Lo que equivale a mantener que la izquierda atentaría contra el «interés nacional» de Francia en caso de dirigir desde el Palacio del Elíseo la política exterior.

La «imposible neutralidad».

Decíamos más arriba que en el corto período histórico de nuestra «pre-democracia» prácticamente tan sólo dos temas de política exterior han tenido (o tienen) suficiente discusión ante la opinión pública. Y se trata de dos temas de «disenso»: el del Sahara y el de la OTAN(12). Nos ocuparemos ahora de este último, que constituye propiamente el objeto de este artículo. No exactamente de la OTAN sino de la alternativa que el PSOE propone al ingreso de España en la OTAN, es decir, la neutralidad. Pero en este número de *Leviatán* quiero tan sólo (en la línea y según la estructura elegida para este artículo) reflejar la actitud de esa cierta derecha española a que vengo aludiendo ante la alternativa *neutralidad*. No llevaré a cabo, pues, en esta ocasión (queda para una ulterior) un análisis del contenido, forma grado y condiciones que a mi juicio puede implicar tal neutralidad. Me limitaré a exponer cómo la derecha contempla —entre burlona, indig-

10. Como es fácilmente advertible, en la mayoría de los comentarios que hemos reproducido, no sólo se da esa identificación derecha = interés nacional; sino que incluso se sigue manifestando un repudio —consciente o subconsciente— del sistema de partidos, del pluralismo político. Algún que otro adalid de las causas perdidas quiere incluso situarse por encima del bien y del mal, esto es, de los partidos políticos.

11. *El País*, Madrid, 11-2-1978.

12. El otro gran tema de política exterior —nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea— no es aquí motivo de comentario porque, aunque la derecha y la izquierda parlamentarias enfonquen nuestro papel y condiciones de entrada en la CEE de forma diferente, ambas desean la adhesión.

nada e inquieta— dicha alternativa. Y cómo, frecuente y conscientemente, pretende —al igual que en el caso del «interés nacional»— deformar la realidad.

Resulta sintomático constatar cómo la derecha se ha lanzado resueltamente a través de los medios de comunicación de masas contra la alternativa de neutralidad meramente enunciada por el PSOE en su XXVII Congreso. No hay agresividad (que justifique la desplegada dialécticamente por la derecha en este tema) cuando los socialistas aprueban en dicho Congreso que «una España democrática estará en condiciones de marcar su independencia frente a los bloques militares (OTAN y Pacto de Varsovia) que se reparten las zonas de influencia en el mundo y de adoptar progresivamente una política de neutralidad activa en cuanto contribuya a la causa del socialismo»(13). Quizás los nervios de la derecha tengan explicación por su lectura del último párrafo que cierra los documentos del XXVII Congreso socialista: «Una España socialista, consciente de sus responsabilidades internacionales y con unos claros objetivos de ayuda a todos los pueblos progresistas, con una política de activa neutralidad superadora del falso dilema URSS-EE. UU. y trabajando decididamente porque también a escala europea, los valores del socialismo y la democracia triunfen, será sin duda, una pieza fundamental en la necesaria superación a escala universal del mundo capitalista y en la entrada de lleno en el período en el que la administración de las cosas no suponga el gobierno y la explotación de unos hombres por otros. La libertad, la paz, la justicia y el progreso sólo se conseguirán plenamente con el triunfo del socialismo a nivel mundial»(14).

¿Qué pretende la derecha? ¿Acaso que mediante el «consenso» renunciemos los socialistas a la construcción de la sociedad... socialista? ¿No le basta a esa derecha nuestra renuncia a la violencia para conseguir tal sociedad? ¿Podrá por otro lado la derecha limitarse a preservar y modernizar la sociedad capitalista, también pacíficamente? ¿Ha renunciado la derecha a la violencia? Naturalmente, el papel de la derecha estriba en evitar el «triunfo del socialismo a nivel

13. XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, «Programa de transición», capítulo sobre Política Internacional: «La España democrática en el mundo de hoy y de mañana» y en concreto el apartado a) «La recuperación de la independencia y la integridad territorial».

14. Idem, apartado d) «La contribución a la lucha mundial por la paz, la justicia y el progreso».

mundial» y, al parecer, en propiciar el falso dilema URSS-EE. UU. En mi opinión, el papel y el deber de los socialistas estriba justamente en lo contrario.

Son diversos los representantes de la derecha que están llevando a cabo de manera notoria una campaña contra la alternativa neutralidad. Desde principios de 1978 hasta el momento de redactar estas líneas son abundantes las muestras aparecidas en la prensa nacional. Y ello sin que por parte del Partido Socialista Obrero Español se haya producido «provocación» alguna, al menos no provocación suficiente o proporcional.

Como veremos en las páginas que siguen —que recogen fielmente las opiniones de los principales intérpretes de la operación— se persiguen dos objetivos fundamentales: 1) desprestigiar la postura de *neutralidad*; de diversos modos, pero nunca aduciendo razones de peso ni realizando un análisis crítico de la misma. 2) ligar a la izquierda —y en especial al PSOE— con la tesis de la neutralidad en política exterior, con lo cual se pretende (al presuponer que se va a convencer a la opinión pública del carácter nocivo de tal postura) desprestigiar a la izquierda y al Partido Socialista.

Consecuentes con la filosofía de que el fin justifica los medios, todo tipo de artilugios, sofismas y falacias se esgrimen con este fin: neutralidad es igual a «tercermundismo»; la neutralidad atenta al interés nacional de España; la neutralidad favorece los intereses de la Rusia soviética; la neutralidad es una utopía socialista; la neutralidad es una irresponsabilidad de los socialistas; la neutralidad implica la falta de política exterior... y otras lindezas por el estilo.

Me propongo suministrar al lector un conocimiento amplio de la tramoya anti-neutralidad que se está montando. Con la sola exposición de las opiniones de los tramoyistas. Alguna de ellas caen por su propio peso tras su simple enunciación. No merecen ni un comentario. Otras son, no tanto burdas como sofistas o falaces, pero no resulta muy difícil mostrar su verdadera intención. En ocasiones, la opinión resulta de por sí significativa. En otras, más bien por quien la emite. Unas veces destaca más el contenido que la forma. Otras, el estilo, el título de un artículo periodístico o incluso el uso de uno u otro adjetivo denota el tinglado psico-político de sus autores. A modo de ejemplo, tomemos los casos de dos prohombres de la derecha, Fraga y Areilza. En sendos artículos publicados en diferentes medios, uno y otro se

sirven de un factor común que delimita de entrada la concepción que ambos poseen de las relaciones internacionales. Es una concepción de campo de batalla, de enfrentamiento y de zancadilla al enemigo, ni siquiera al adversario. Y hablo de los aspectos diplomático y político de las relaciones internacionales, no de una de sus posibles últimas consecuencias, la guerra caliente. Por si fuera poco —sobre todo para Fraga— el tema se reduce a una historia de buenos y malos: respectivamente, los EE. UU., angelicales criaturas que no agreden y los soviéticos, que son monstruosos y que tienen engañado a todo Occidente.

Así, don Manuel Fraga, en pieza literaria titulada «La transición de España y la jungla internacional»(15), construye un apocalíptico relato (variante internacional del catastrofismo interno que tanto disgusta) en el que al menos las tres cuartas partes del planeta resultan devoradas por los soviets y, muy recientemente, Africa que «está siendo sucesivamente apartada de sus contactos europeos y americanos». Fraga debe entender por «contactos» la tradicional presencia (de rapiña) colonialista y neocolonialista del capital occidental en Africa desde hace largas décadas. Naturalmente, no hace la menor alusión a los amistosos «contactos» que los USA mantienen en América Latina. «Que existe un plan para la hegemonía mundial soviética no es ninguna suposición», dice Fraga. Pero guarda silencio sobre el plan hegemónico de la otra gran potencia. En claro reflejo condicionado, Fraga traslada su famoso «carácter enérgico» de lo doméstico a lo internacional: «Se nos habla por unos de desarmar el Estado o de suprimir la pena de muerte; por otros, de pacifismo, de distensión, de neutralidad». Pues sí, don Manuel, los socialistas estamos por la abolición de la pena de muerte, por la distensión y por la neutralidad, entre otras razones, porque no creemos —como usted cree— que «la vía internacional es más que nunca una jungla».

Curiosa coincidencia la de Fraga con don José María de Areilza, quien por su parte escribe que «de viajes solamente, por mucho que reluzcan, no se subsiste en *la selva de la competencia exterior*»(16). Pero del conde de Motrico nos ocuparemos *in extenso* más adelante.

15. *El País*, Madrid, 22-4-1978.

16. «Lejana y sola», *ABC*, Madrid, 14-3-1978. Lo de cursiva es mío.

En la última parte de este artículo y en relación con la oposición, directa o indirecta, abierta o camuflada, de la derecha a la alternativa neutralidad, consideraremos los diversos sofismas o falacias utilizados por ese sector político.

Sofisma núm. 1: Neutralidad es igual a «tercermundismo».

Es uno de los más extendidos, conscientemente propalados por la derecha. Todas las personas que a continuación cito disponen del suficiente coeficiente de inteligencia como para saber perfectamente que cuando la izquierda —y en concreto el PSOE— habla de *neutralidad* no está preconizando el *tercermundismo* para España. Afirmar tal cosa es o una estultez o un deliberado y consciente propósito de *deformar la realidad*.

Don José María de Areilza, en conferencia pronunciada en Málaga a primeros de abril, afirma que España no puede hacer una política exterior independiente y que «de las tres opciones que se presentan: Pacto de Varsovia, OTAN y tercermundismo», la mejor, en su opinión, es la segunda(17). No sólo no es serio reducir a tres las posibles opciones existentes, sino que además el señor conde lleva a cabo una deliberada suplantación de identidad: *neutralidad* por *tercermundismo*. Inexacta es la reducción a tres, pero en ese supuesto, la tercera opción es *neutralidad*. Y bien lo sabe el señor conde de Motrico.

Y no era la primera vez que nuestro noble protagonista reincidía: «El tercermundismo económico no corresponde como modelo estimulante a nuestro sistema productivo de país industrialmente desarrollado. Ni el neutralismo exterior es conveniente para nuestro interés nacional»(18). De lo que se deduce que... «tercermundismo» es igual a neutralidad. (*Neutralismo* es un término utilizado por la derecha con sentido peyorativo; a medio camino entre *neutralidad* y *tercermundismo*, que, como estamos comprobando, constituye el «vade retro Satanás» de su escala de valores internacionalista).

17. *El País*, Madrid, 8-4-1978.

18. En «Neutralismo», *ABC*, Madrid, 19-2-1978.

Apenas un mes después, Areilza insiste: «Se habla de neutralismo y de tercermundismo como ideales que pudieran llenar nuestro horizonte futuro»(19).

Con su ya habitual y conocida «ecuanimidad», don Abel Hernández se pregunta en *Informaciones*: «El eventual triunfo de la izquierda marxista en nuestro país en unas próximas elecciones ¿nos va a condenar a hundirnos en una especie de «tercermundismo» africano?». Probablemente, el señor Hernández está convencido de que los «moros» maquinan la reconquista de Granada e incluso hacer del Tajo su río navegable. De ahí que don Abel se desespere: «Es inconcebible, dígase lo que se diga, que todavía no estemos en la OTAN»(20).

Josep Melia no podía faltar en este coro de lamentos y se duele de los grandes «perjuicios producidos por las espinillas tercermundistas de nuestra izquierda»(21). «Yo me siento europeo, atlantista» (o sea que no hay más cáscaras: o se es atlantista o no se es europeo). Los millones de suecos, finlandeses, irlandeses, austriacos, suizos... son automáticamente desnaturalizados por el silogismo de Melia. Claro que inmediatamente se le comprende cuando se lee esta frase suya: «La OUA es una piña de nacionalismo, visceralmente anti-europeo y radicalmente tercermundista». Marcelino Oreja, amigo de Melia, debería tenerlo a su lado como Director General de Asuntos de Africa, ahora que, para beneficiar nuestros intereses nacionales, iniciamos nuestra luna de miel con Africa.

Un último ejemplo: Javier Tusell se empeña en el diario *Ya* (tercermundismos aparte y tan sólo para abrir la boca) en hacer gala de su antisocialismo: «Nadie negará al grupo (¿no quedaría mejor «grupúsculos», Tusell?) que hoy acaudilla Felipe Gonzáles un pasado irreprochable en defensa de lo que en Europa occidental significa la democracia... Sin embargo, desde su escisión (?) a comienzos de los años setenta, el PSOE mostró una reticencia clara al Mercado Común». Sorprendente. Por si esto no bastara, también para Tusell «el PSOE cae en un defecto que ha sido común a cierta izquierda intelectual del mundo occidental: el tercermundismo, que viene a ser

19. En «Lejana y sola», *ABC*, 14-3-1978.

20. *Informaciones*, Madrid, 27-2-1978.

21. *El Imparcial*, Madrid, 1-3-1978.

lo mismo que la apología de los indigentes»(22). ¿Qué hacemos, Tusell? ¿Acabamos con todos ellos de una vez?

Sofisma núm. 2: la neutralidad es una maniobra soviética. Apoyar la neutralidad es apoyar a Rusia.

Citemos de nuevo al señor Areilza, uno de los más entusiastas defensores de la OTAN y que, congruentemente, se define: «La civilización democrática y liberal del Occidente tiene, hoy por hoy, un soporte articulado de protección, definido, y preciso. *Se llama la fuerza militar de los Estados Unidos*. Y se denomina en Europa Alianza Atlántica». Imposible exigir mayor claridad. «Que el neutralismo hace el juego descarado a uno de los dos poderes, en perjuicio de la otra opción (Areilza ya ha reducido aquí las opciones a dos) es algo transparente para cualquier observador objetivo que se asome a la problemática exterior de España»(23). De lo que se infiere que el PSOE —que no parece entusiasmado con los Estados Unidos— hace el juego a la URSS.

Pero para que don José María de Areilza no se sienta solo en su cariño por la «civilización democrática y liberal de Occidente», esto es, la «fuerza militar de los Estados Unidos», el propio *ABC* le acompaña editorialmente: «Tan opuesta a la entrada de la OTAN es Argelia como, naturalmente, el propio PSOE y la misma URSS» (todos en el mismo cajón)... «Tiene el PSOE, pues, su propia política exterior, sus pactos y sus compromisos. Y en la nube de las fraternidades e internacionalismos socialistas se diluyen y borran los límites entre lo que es propio y es ajeno. En su dialéctica se extravía la misma noción de injerencia si ésta, como hipótesis, se produce desde el campo socialista»(24).

El señor Cantarero del Castillo coincide con el *ABC*, el mismo día y de la misma manera, en ver con nitidez indiscutible las asechanzas soviéticas sobre Canarias: «La maniobra-chantaje 'neutralización o Canarias' está planteada y dirigida por el Este... ¿qué hace el señor

22. *Ya*, Madrid, 3-3-1978.

23. En «Neutralismo», *ABC*, 19-2-1978. (Lo de cursiva es mío).

24. 5-3-1978.

Oreja en Belgrado, justamente la capital desde la que Tito dirige la operación de pretendida incorporación de España al neutralismo?»(25).

Mientras tanto, Abel Hernández prosigue su certero rastreo de la convivencia PSOE-URSS: «La izquierda española parece que juega a eso. Su oposición a nuestro ingreso en la Alianza Atlántica y su apoyo a los movimientos de liberación del norte de Africa (hoy mismo hay representantes socialistas y comunistas en Argel coreando al Polisario) son indicios ciertos de que, más o menos conscientemente, *están jugando la carta de Moscú*»(26).

O bien: «Hasta ahora el principal punto de concordancia entre socialistas y comunistas está en la concepción de la política exterior, sobre todo, en el tema de la OTAN. En esto *coinciden con la política de Moscú*»(27).

No menor brillantez analítica exhibe Josep Melia al escribir sobre la izquierda y «su *tácita alineación con los intereses estratégicos de la URSS*»(28). Lleva Meliá algún tiempo obstinado en el asunto: «El problema de España es que sus fuerzas políticas no tienen una posición internacional común. La izquierda quiere jugar a la neutralidad, o sea al antiatlantismo, *que es lo mismo que decir al prosovietismo*»(29).

Cerramos este apartado con una última, tajante y clarificadora afirmación de Javier Tusell: la neutralidad de España «no ayuda a la distensión sino a Rusia»(30). Abajo la distensión, vivan los bloques.

Sofisma núm. 3: la neutralidad o el «neutralismo» revelan una falta de política exterior.

Se trata de otro de los muy queridos argumentos de la derecha. Tras apurar el recurso de «tercermundismo» igual a *neutralidad* o el de

25. *El Imparcial*, Madrid, 5-3-1978.

26. *Informaciones*, Madrid, 27-2-1978. (Lo de cursiva es nuestro).

27. En «La izquierda y la OTAN», *Informaciones*, 26-4-1978. (Lo de cursiva es mío).

28. *El Imparcial*, 1-3-1978. (Lo de cursiva es mío).

29. En «Marejada en los caladeros», *Destino*, Barcelona, 23-2-1978. (Lo de cursiva es mío)

30. *YA*, 3-3-1978.

¡que vienen los rusos! (con desembarco en las playas de Alicante en cuanto nos descuidemos) pocas argucias les quedan a nuestros derechistas. Algo socorrido es el que describimos en este tercer sofisma, pero no tanto como los dos primeros.

Así, Ramón Herмосilla, convencido de que «no podemos ser neutralistas», se pregunta: «¿Que por qué nos obliga nuestro contexto geopolítico a salirnos del neutralismo y *ejercer una política determinada?*...»(31). Ejercer una política determinada... Aquí se pretende que la neutralidad no construye política exterior. Otra pretensión más...

Recurso asimismo esgrimido por Areilza: «*El neutralismo consiste en no tomar partido. En considerar indiferente para los intereses nacionales el que una u otra concepción del Estado, de la vida y de la economía prevalezca en nuestra colectividad*»(32). No, señor conde. La neutralidad que propugnamos los socialistas consiste claramente en tomar partido, pero no el de los Estados Unidos ni tampoco el de la Unión Soviética. Creemos precisamente que los intereses nacionales se protegen al quedar al margen de cualquiera de los dos *bloques militantes*.

Hasta aquí la flor y nata de los sesudos argumentos desplegados por la derecha en los medios de comunicación para desvirtuar la realidad y las intenciones de los socialistas. Hay otros de menor cuantía («el PSOE es irresponsable por apoyar la neutralidad», «Canarias a la deriva por no estar integrados en la OTAN», «España está naturalmente llamada a entrar en la OTAN», etc.) que no merecen ser ampliados aquí. Otro señuelo a menudo esgrimido tampoco resiste el análisis: la CEE es igual a democracia; la OTAN es el aparato defensivo de la democracia europea; luego; CEE es igual a OTAN. España pretende entrar en la CEE luego debe hacer lo propio con la OTAN. (Como comentario marginal, hay que recordar que mientras se nos ofrece una entrada en la OTAN, nadie ve perspectivas de adhesión a la CEE antes de un buen manojo de años, es decir: además de entrar en la OTAN, estaríamos contribuyendo a la defensa (desde la OTAN) a algo (la CEE) de lo que ni siquiera formamos parte).

31. En «Una política exterior de fotos y sonrisas», *El Imparcial*, 14-3-1978. (Lo de cursiva es nuestro).

32. *ABC*, 19-2-1978.

A este respecto y olvidándonos ahora de los países europeos neutrales o *no vinculados* a bloque militar alguno ya mencionados, hay que decir que ni son todos los que están ni están todos los que son: Irlanda es miembro de la CEE, pero no de la OTAN; Noruega lo es de la OTAN, pero no de la CEE. Y además que la OTAN no es necesariamente igual a democracia. La dictadura salazarista en Portugal —aún más ferrea que la franquista— fue miembro de pleno derecho de la OTAN con el pleno apoyo de la organización atlantista. Y los coroneles que durante casi una década amordazaron a Grecia, país miembro del Tratado Atlántico, contaron también con el respaldo de la organización. Razones «estratégicas» justificaron el apoyo a ambas dictaduras...

Como indicaba al principio, con este trabajo no he conseguido sino lo que él mismo refleja. La exposición detallada de una teoría de la *neutralidad* o de la *no vinculación* a bloque militar alguno, tal como los socialistas la entendemos, queda para un segundo artículo.

Baste por ahora resaltar que el Partido Socialista Obrero Español soberanamente decidió en su XXVII Congreso apoyar tal alternativa para nuestro país. En clara concordancia con el Congreso, el primer secretario rubricó recientemente dicha fórmula en su discurso público, a primeros de año, en el Club Siglo XXI de Madrid. Dijo Felipe González: «Queremos que nuestro país adopte una posición de neutralidad activa, al margen de la política de bloques, que favorezca auténticamente la política de distensión y de paz internacional... A nuestro juicio, el papel de España va estar directamente condicionado por la concepción que el país tenga en materia de defensa y por el destino que quiera darse en la política de distensión y de paz internacional. Si somos capaces de mantener una política de neutralidad, que no olvide la posición geográfica y la vinculación a Occidente, nuestra incidencia y nuestra respetabilidad crecerán enormemente en los países del Tercer Mundo, como los africanos y los latinoamericanos. Ello nos lleva a afirmar que España *no debe incorporarse a la OTAN*, aunque busque algún procedimiento para homologar sus sistema defensivo con el de los vecinos europeos».